

PRIMERA PARTE

En junio de 1967, en medio de la Guerra de los Seis Días, el ministro de Defensa de Israel, Moshe Dayan, interrumpió una sesión del Consejo para ordenar la entrega de un documento de dos mil años de antigüedad.

La historia había comenzado veinte años atrás.

En la primavera de 1947, Mohamed Dib, un pastor beduino de la tribu de Ta'Mireh, buscaba una cabra perdida en la ladera de los precipicios que bordean el Mar Muerto. Tiró una piedra dentro de una de las tantas cuevas con la esperanza de encontrar al animal y en lugar de un balido recibió como respuesta el sonido de algo que se rompió. Al día siguiente volvió con dos amigos y, en el fondo de la cueva, encontraron unas ánforas de barro. Imaginaron un tesoro, pero al romper la primera de las tinajas comenzó su desencanto: sólo encontraron unos rollos de tela viejos y mugrientos, recubiertos por alquitrán o cera.

Los pastores no tuvieron la menor idea de su valor; utilizaron algunos trozos como plantillas, otros quizá se perdieron y los más fueron vendidos a un mercader casi por monedas. Estos mismos rollos se negociarían años más tarde por millones de dólares, para lo cual bastó que el profesor Sukenik y otros expertos de la Escuela Americana de Investigación Orientalista advirtieran, aún antes de hacer las pruebas de carbono 14, que estaban en presencia de antiquísimos documentos bíblicos.

A partir de allí se desató un hervidero de actividad: científicos, beduinos y aventureros comenzaron una incesante búsqueda en las cuevas de ésa y otras zonas vecinas.

El interés por estos rollos, que serían conocidos en el mundo entero como los *rollos del Mar Muerto*, se agudizó aún más al comprobarse que muchos de ellos habían sido escritos en la época de Jesucristo.

Algunos contenían pasajes del Antiguo Testamento, como Génesis, Éxodo, Deuteronomio, los profetas Isaías, Jeremías y Ezequiel, Salmos y Proverbios, ideas religiosas coincidentes con las del cristianismo primitivo, descripción de tesoros ocultos, la propuesta de construcción de un extraordinario templo y mucho más.

También había descripciones de la forma de vida de los esenios, comunidad que, sin duda, fue la que redactó o copió gran parte de ellos.

Hasta ese momento, la existencia de estos monjes sólo era conocida a través de los escritos de tres coetáneos: el filósofo Filón de Alejandría, el geógrafo y naturalista Plinio el Viejo y el historiador Flavio Josefo. La coincidencia de sus relatos con los rollos era sorprendente, lo que reforzaba la validez arqueológica del descubrimiento.

Algunos pergaminos fueron a parar a manos del gobierno israelí, otros a instituciones y coleccionistas del exterior; una gran parte quedó en el mercado negro, en manos de traficantes clandestinos de antigüedades.

Este hallazgo, quizás el descubrimiento documental más importante de los tiempos modernos, se transformó también en uno de los más conflictivos. Durante unos años el material extraído fue traducido y publicado. Después, dicha actividad cesó y desde hace casi tres décadas no aparece nada nuevo, lo que ha dejado al mundo ignorante de mucho más de la mitad del total de lo descubierto.

Durante este período se produjo la más variada gama de situaciones, muchas casi detectivescas, en las cuales los científicos debieron enfrentarse con hábiles mercaderes en lugar de rigurosos colegas con quienes discutir sus hallazgos.

Sólo comentaré unos ejemplos para dar a mis lectores una idea de lo ocurrido. En su libro *El rollo del templo. Las leyes ocultas de la secta del Mar Muerto*¹, de Yigael Yadin relata la adquisición de uno de los rollos en que se basa nuestro relato.

Comenzó con un contacto clandestino con la corte real del reino hashemita de Jordania; siguió con reuniones secretas en Ginebra, Beirut y Amán, mensajes que hasta interrumpieron discusiones cruciales en medio de la Guerra de los Seis Días, y finalizó cuando un clérigo de Virginia lo ofreció finalmente a la venta.

Mr. Z, como lo llama Yadin, negoció el *rollo del templo* con la condición absoluta de que no se diera publicidad. Dice Mr. Z en una de sus cartas: *Debemos proceder con una base: esta transacción no debe darse a publicidad de ninguna manera, pues hay vidas que pueden correr peligro... El doctor Albright y usted son los únicos conocedores de esta carta. Es importante que se mantenga absolutamente confidencial...*

Luego apareció otro intermediario, Mr. X, según lo llama el mismo Yadin. Mr. X ofreció rollos sueltos desde veinte mil dólares cada uno

¹ Yigael Yadin. *The Temple Scroll*. Jerusalén, Steimatzky, 1985.

hasta un conjunto de cuatro por un millón de dólares. El tiempo mostró que anteriormente había sido socio de Mr. Z.

El 3 de octubre de 1960 Yadin recibió, estupefacto, un trozo de rollo que Mr. Z le envió por correo envuelto en un pañuelo y la fotografía del resto, más un reclamo de siete mil dólares supuestamente prometidos.

Las negociaciones oscilaron entre esta cifra y un millón de dólares. En uno de sus tramos, en junio de 1967, durante la Guerra de los Seis Días, intervinieron incluso el primer ministro, Levi Eshkol, el ministro de Defensa, Moshe Dayan, y el teniente coronel Goren, del Servicio de Inteligencia.

A través de esta intervención les fue posible conseguir algunos de los rollos que hoy están en el Museo Rockefeller de Jerusalén y en el Santuario del Libro.

La participación de Yadin como consejero de Dayan facilitó su interés por el tema.

La tarde del jueves 8 de junio el coronel Goren presenció cómo Mr. X, cuyo paradero nunca se conocía con exactitud, sacaba *de un escondrijo primitivo, debajo del suelo de su casa*, una caja de cigarrillos *Karel I elegant* conteniendo trozos de pergamino y una toalla que envolvía un celofán con un rollo completo².

También llegó a nuestro conocimiento el hecho de que el arzobispo Atanasio Samuel, un árabe cristiano, miembro de la comunidad siria ortodoxa, tuvo en su poder rollos que intentó negociar fallidamente a través del consulado yugoslavo en Jerusalén.

John Allegro³, representante británico en la comisión internacional que tuvo a su cargo el estudio y traducción de los rollos del Mar Muerto, notable orientalista, participó durante largo tiempo en las actividades de traducción y publicación, si bien poco a poco fue separándose de la comisión debido a las discrepancias que suscitaba su creciente reticencia a la publicación. Dice Allegro: *...a determinados miembros del equipo les repugna que el mundo acceda a estos preciosos textos que tienen a su cargo antes de que se haya extraído cada partícula de información para su propia presentación del material*. Es una versión, pero él mismo se refiere al extinto Edmund Wilson, autor de varios y muy conocidos trabajos⁴, quien sugirió en un suplemento del *New York Times* de 1955 que podría

² Yigael Yadin. *op. cit.*

³ S. M. Allegro. *La historia de Jesús y los rollos del Mar Muerto*, Buenos Aires. Ed. Rescate, 1986.

⁴ E. Wilson. *The Dead Sea Scrolls*. Londres, Fount Paperbacks, 1985.

haber renuencia por parte de ciertos grupos a publicar elementos contradictorios con verdades aceptadas.

Existen evidencias de que Allegro recibió, entre otros, un rollo de oro y uno de cobre para traducir; según él, de metal sólo era el de cobre. El Departamento de Antigüedades de Jordania decidió entregárselo porque sólo en sus laboratorios de la Universidad de Manchester, en el Instituto de Ciencia y Tecnología, era posible abrir el oxidado y casi solidificado rollo, que contenía el inventario de un tesoro de doscientas toneladas de oro y plata, enterrado por los zelotes en distintas partes de Jerusalén y sus alrededores.

Cuando comunicó el descubrimiento se le dijo que por ninguna razón debía darlo a conocer a la prensa. Luego se publicó información falsa y finalmente *se me informó que debía permanecer en la sombra y no agregar nada a la noticia oficial*, dice el mismo Allegro.

Por último, para no abundar en ejemplos, otra de las grandes autoridades en el tema, G. Vermes, dice en la tercera y última edición de su libro *Los rollos del Mar Muerto* (1987)⁵: *En algún lado reside la culpa de la ligereza con que se tomaron las cosas... Demos a los responsables el beneficio de la duda... con respecto a sus motivaciones para no publicar los hallazgos... especialmente los de la caverna 4... Sabe Dios cuándo aparecerán impresas las colecciones asignadas hace veinticuatro años a los miembros del equipo internacional e interconfesional... A menos que se tomen medidas drásticas, este descubrimiento puede convertirse en el escándalo académico por excelencia del siglo XX...*

Todo esto activó muchas preguntas, entre ellas, qué relación pueden haber tenido los esenios con Jesús, o con Juan, o con el cristianismo temprano. Muchas dudas... también las nuestras.

Cuando este libro se hallaba en su etapa de investigación hicimos varios viajes a Oriente, especialmente a Israel y Egipto. En ellos establecimos contactos con autoridades vinculadas con el tema. A través de viejos amigos anticuarios nos fue posible conocer también a quienes comerciaban, no con los preciados rollos, sino con sus fotografías y con algunas de las traducciones aún no publicadas.

No nos referiremos a un Mr. X o un Mr. Z. Sólo diremos que tuvimos acceso al material que probablemente será dado a conocer masivamente en los próximos años.

Esa información forma ahora parte de este libro.

⁵ G. Vermer. *Los manuscritos del Mar Muerto*. Barcelona, Muchnik, 1981. *The Dead Sea Scroll in English*, Londres, Penguin Books, 1987.

I

Al terminar colgaron los látigos en los ganchos de costumbre. Habían cumplido la orden. Cortaron las sogas de las muñecas y lo dejaron caer al suelo, sin ningún cuidado. Volcaron sobre él los dos baldes de agua que ya tenían preparados. Luego fueron a buscar el travesaño de la cruz al depósito contiguo: volvieron con él y sin esperar que el condenado terminara de despertarse, lo pusieron boca abajo, apoyaron el madero sobre la nuca y lo ataron por sus muñecas. Le tiraron más agua y empezaron a patearlo sin demasiada fuerza, más para que se incorporara que para dañarlo. Intentó ponerse de pie, pero no pudo lograrlo más allá de sus rodillas; quedó apoyado sobre ellas con el cuerpo inclinado, tocando el suelo con una de las puntas del madero.

Casi colgando lo levantaron de esa imposible percha, le ajustaron el taparrabos y de un empujón lo pusieron en marcha. Él adelante, como un macabro conductor de la procesión de soldados romanos que iban a crucificarlo.

Tomaron la cuesta para abandonar la ciudad por la puerta de Herodes. Lo empujaban pero el avance era lento; la gente lo insultaba y le arrojaba piedras y maderas. Cayó varias veces. Algunas logró levantarse solo y otras con ayuda de los guardias, apurados por terminar su trabajo.

Una mujer le escupió. La saliva roció sin puntería la cara transpirada y el condenado levantó la vista sin dolor ante esa agresión. La mujer era gorda, de ojos pequeños y gesticulaba con un puño frente a su cara. Por un instante se encontraron los ojos grandes, cansados, del prisionero y los diminutos ojos porcinos de la mujer. No se conocían. Nunca se habían visto, pero la mujer había viajado todo un día para presenciar esa muerte.

—¡Raca! —le gritó ella, pero la palabra no llegó a los oídos del hombre, porque en ese momento otra mujer le azotó la cara con una rama. El condenado cerró los ojos y el telón de sus párpados anuló por un

instante la visión de la multitud enardecida. Un puño lo golpeó en la oreja haciéndolo trastabillar; los soldados lo sostuvieron y apartaron a la gente para abrirle paso hacia su muerte. Un muchacho se acercó con un trozo de una tinaja en la mano. Era una uña de punta agresiva que blandía como un puñal; levantó el brazo y lo descargó. Fue un zarpazo sobre la cara del prisionero. La carne del pómulo se abrió, la sangre se deslizó abundante hacia el costado de la boca, bordeó el jadeo de animal vencido y goteó sobre el empeine de uno de los pies.

Se detuvo, miró hacia abajo, como si el pie ensangrentado pudiese contestar algún tipo de pregunta. Empezó a llorar mientras sentía la orina desbordar su vejiga y correr entre sus piernas. Un chico, de la mano de su madre, le golpeó la cabeza con una caña; un hombre viejo se acercó con los puños apretados, pero no le hizo nada.

El prisionero abrió la boca como para hablar. Parecía dispuesto a decir algo, tal vez lo dijo, pero los insultos y los gritos de la gente taparon sus palabras; una piedra arrojada por alguien le partió el labio y le rompió dos dientes.

Finalmente, llegaron al monte de las ejecuciones: el oficial que comandaba el grupo descolgó de su cinturón una bota y le dio largamente de beber la mezcla de vino con mucha mirra. Cuanto más beben mejor –pensó–, más rápido se entregan. El condenado tragó ávidamente, sin parar. Tenía miedo de que si se detenía podrían sacarle de la boca la posibilidad de desmayarse. Quería beber mucho, quería dormirse, quería entregarse; quería morir sin darse cuenta.

Lo dejó beber hasta la última gota. Después, de un empujón, lo echó de cara al suelo, donde quedó tirado, sin moverse, con los brazos rodeando por encima el travesaño que parecía incrustado sobre la nuca.

De sus mochilas los verdugos sacaron sogas, larguísimos clavos y martillos, ataron una larga cuerda en el centro del travesaño; uno de ellos se sentó sobre las espaldas del condenado, mientras el otro comenzaba a clavarle el brazo derecho. Apoyó el clavo un poco por encima de la muñeca y de un tremendo martillazo lo hundió bien dentro de la madera, entre los dos huesos del antebrazo. El condenado se despertó y al mismo tiempo se desmayó de dolor. Sólo pudo dibujar un grito silencioso sobre su boca.

Terminaron con esa muñeca y le clavaron la otra. Después, con esfuerzo, pasaron el madero por encima de la cabeza, hasta dejarlo entre la cara y el suelo. Ataron luego los brazos para evitar que se desgarraran

al ser colgado. Finalmente le sacaron el taparrabos y lo arrastraron hasta el grueso poste clavado en el centro de un montículo.

Hicieron pasar la cuerda atada al travesaño por una ancha muesca que había en el extremo superior del poste e izaron al condenado, de cara contra la madera, hasta que el travesaño quedó enganchado en una guía a unos dos metros de altura. Las manos estaban fuertemente contraídas y dos hilos de sangre corrían desde los clavos. La espalda era ya una sábana roja.

No era posible percibir la espantosa mueca de la cara pues debido al delito que había cometido debía ser crucificado enfrentando el poste. Le encogieron las piernas juntas hacia un lado y mientras dos de los soldados sostenían una madera sobre los pies, otro comenzó a clavar el tercer clavo. Con cada golpe el cuerpo se estremecía, pero no se despertó. Al finalizar, clavaron la tablilla con su nombre y su delito. El oficial señaló al soldado destinado a permanecer de guardia hasta el relevo o la muerte del condenado. Luego se fueron.

Sólo quedaron aterrados parientes y algunos doloridos amigos.

Al atardecer el ajusticiado comenzó a moverse. Hacía débiles esfuerzos para disminuir el calambre de los hombros y brazos tratando de eruirse sobre los pies perforados.

El soldado de guardia decidió no esperar a que el crucificado muriera de sed o desangrado. Ante el horror de los pocos que quedaban, le destrozó ambas piernas con uno de los martillos. El hombre se desmayó por última vez. Antes de una hora murió por asfixia. Tras su último estertor una mujer gritó y muchos la imitaron. Después, amigos y parientes se retiraron en medio de acongojados sollozos.

El soldado pensó que nunca había visto crucificar a un hombre así. Sólo las mujeres eran ejecutadas con el vientre contra la cruz. Se fue cuando anochece. Al rato aparecieron los cuervos a picotear las orejas y el perfil de la cara del cadáver. Después dos lobos comenzaron a comerle los pies, las piernas, los genitales.

Al día siguiente, cuando los soldados volvieron apenas encontraron un esqueleto. No tuvieron paciencia para sacar el clavo de los pies: se los cortaron por encima de la madera que los apresaba.

Lo bajaron y lo tiraron en la cercana fosa común sin desclavar los brazos.

Los romanos no solían entregar los cuerpos de los muertos por estos delitos.

Recogieron las palas, se acomodaron el correa de uniforme y se marcharon de regreso a la guarnición.

El oficial dio una última mirada hacia el poste donde aún estaba la tablilla:

Jehobanan, violador de un niño.

* * *

Esto era Roma. Esto era parte del Imperio. Esto era Palestina. Desde los patriarcas, durante dos mil años, los judíos habían soportado distintos yugos—el asirio, el babilónico, el persa, el griego, el sirio—; a veces el de ellos mismos. Ahora, el yugo era romano.

Mecenas hacía conocer y amar Roma. Las odas de Horacio, líricas, delicadas, perfectas, que cantaban al amor, al vino, al placer, a la juventud y su fugacidad, recorrían el Imperio, junto con los libros de Virgilio y Ovidio. Pero las mujeres que se deleitaban con *El arte de amar*, las *Bucólicas* o las *Geórgicas*, difícilmente podían imaginar el precio que se pagaba por la paz romana.

La cultura del Imperio se asentaba en el mundo gracias a la energía del ejército y a la soberbia de los emperadores. Octavio Augusto había terminado la tarea que comenzó la República y duraba ya cien años: regir la vida de todos los pueblos que rodeaban el Mediterráneo.

Los romanos tenían muchos dioses—Júpiter, Juno, Venus, Baco, Mercurio, Diana, Minerva, Saturno y muchos más—; eran dioses utilitarios, para la guerra, para el amor, los infiernos, la caza, el mar, el vino, los viajes, para cada momento de la vida. Ahora habían descubierto un nuevo dios que nacía de su propia inteligencia: el dios de la Justicia romana.

La cruz, esas maderas cruzadas donde se clavaba a los condenados hasta morir, era uno de los símbolos de esa Justicia, de ese derecho.

Descubiertos en 1968, los huesos de los talones de Jehohanan son los únicos huesos de un crucificado, con sus clavos, que se conservan en la actualidad.

Esta crucifixión fue efectuada en Giv'at-ha-Mivtar, en los alrededores de Jerusalén. El hombre que pasa a los lejos, camino a su trabajo, que evita mirar esa cruz que se alza contra el cielo, es José, de Seforis, el hijo de Jacob y Rebeca.

II

Flavia había conocido los grilletes en los tobillos, pero jamás el látigo sobre su espalda. El mercader de esclavos que la trajera desde el otro lado del mar grande era consciente de que aquella belleza adolescente de grandes ojos tristes y piel deslumbrante podía venderse muy cara en los lupanares de la costa o en alguna casa rica de Palestina, por eso nunca castigó su piel. La alimentó bien y le enseñó a caminar como una reina, con un cántaro de agua sobre el hombro.

La esposa de Holconius Pristus la había comprado por diez denarios de oro para tenerla como vestidora y peluquera, quizás también como acompañante; su marido tenía menos tiempo para ella que para los caballos.

Cuando José la vio por primera vez, el serrucho que utilizaba enmudeció de sonido y movimiento. Él mismo también enmudeció, la canción que canturreaba se extinguió entre sus labios. La luz de la tarde adquirió mil matices en el pelo de Flavia, tomó la forma de sus hombros dorados y soslayó muy suave la firmeza de los pechos.

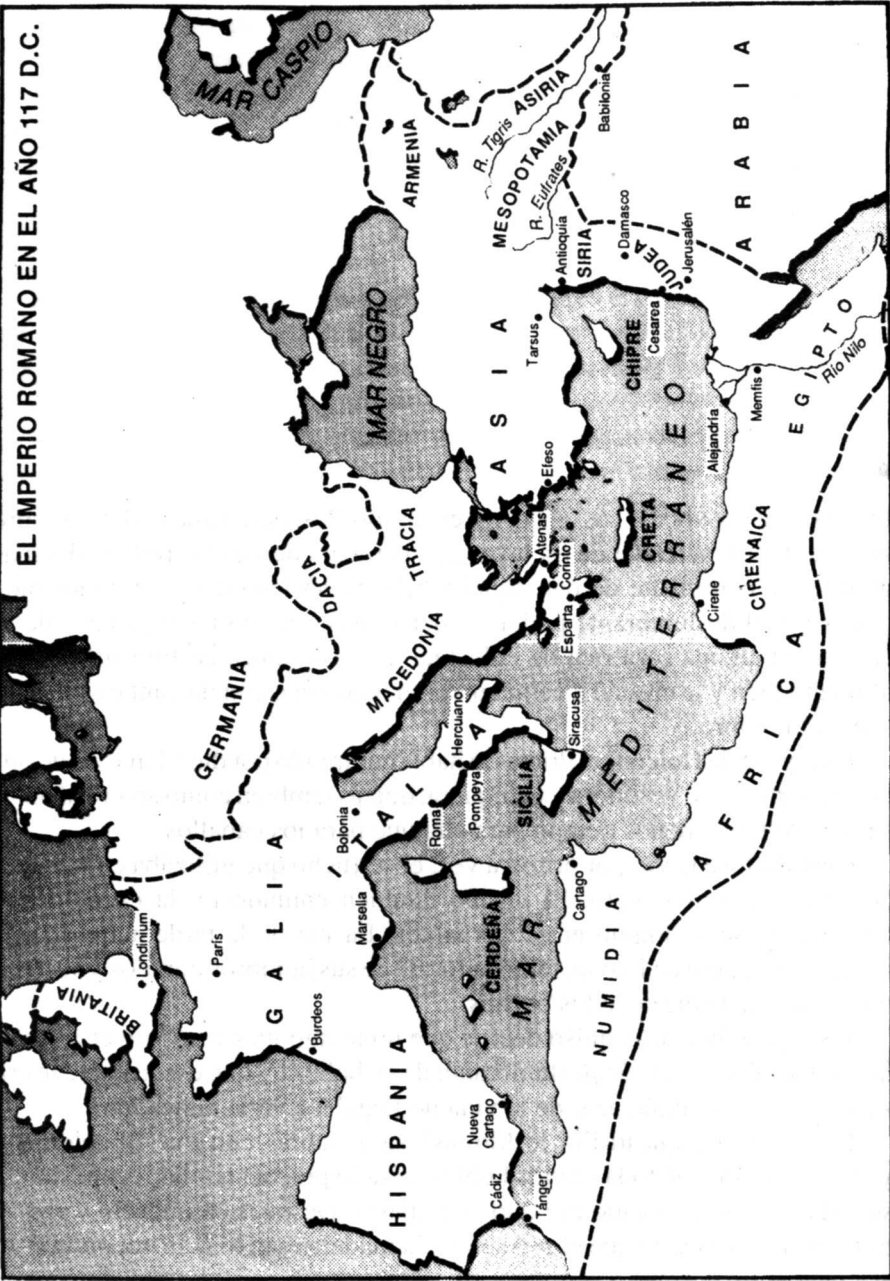
José quiso hablarle, quiso decirle que no le importaría no volver a verla, que le bastaba esa visión deslumbrante de su belleza y que ese instante le era suficiente si por algún azar de la vida no llegaba a verla nunca más.

Lo extraño fue que lo dijo, le dijo casi esas palabras, con una voz aplomada y tranquila, como si toda su vida hubiese estado practicándolas, como si toda su vida hubiese conocido ese tipo de mujeres. Después enmudeció y siguió trabajando, fingiendo que el serrucho y la madera eran lo más importante de ese momento.

Fue ella quien habló.

—¿Cómo te llamas?

—José —dijo, y siguió trabajando. Para no mirarla se concentró en sus propias manos. Nunca había reparado en cómo coordinaban. La



derecha era la fuerza, era el ritmo, la inclinación de la herramienta y el cansancio; la izquierda parecía no participar pero el costado de su pulgar guiaba la hoja aserrada casi sin tocarla. José le escuchó decir:

—Yo me llamo Flavia y no te creo.

—¿Qué es lo que no me crees?

—Que te interese la madera más que yo. Cuando me ven los hombres actúan de otra manera, los impresiono mucho.

Sin dejar de serruchar José preguntó:

—¿Por qué los impresionas?

—Por mi belleza —respondió ella con absoluta sencillez, y José pensó que jamás había conocido una humildad semejante.

—¿Cómo es ser así? —preguntó José mientras el ritmo del serrucho se aplacaba.

—¿Así cómo?

—Así, tan linda...

—Es lindo... para mí es lindo ser linda... me gusta ver las caras que ponen los hombres cuando me ven... como la que pusiste tú cuando llegué.

En ese momento él levantó la mirada y en la distracción se lastimó.

Rápidamente se llevó el dedo a la boca y ella rió. Tenía una risa ancha que achicaba sus ojos y descubría los grandes dientes blancos y perfectos. Ella dejó de sonreír y, mirándolo, le sacó el dedo de la boca y lo puso en la suya. Cuando José retiró la mano, los labios de Flavia habían quedado manchados con su sangre.

—Si mi ama nos ve... —dijo Flavia.

—¿Qué pasaría?

—A ti te haría echar.

—¿Y a ti?

—A mí me pegaría.

—¿Y si le dices que me voy a casar contigo?

—Se sorprendería mucho, casi tanto como yo —dijo Flavia sonriendo.

José la vio alejarse; miró las inquietantes caderas insinuadas bajo la túnica, miró la cintura ceñida por una faja ancha y el pelo alborotado de su nuca y se prometió a sí mismo dedicar todos sus esfuerzos a juntar dinero para liberarla.

A la mañana siguiente se lo contó a Mereptah.

* * *

Mereptah, el egipcio, era el mejor conductor de carros de carrera de Palestina. Herodes el Grande lo había traído de Roma, lo necesitaba. Las carreras habían perdido algo de su popularidad y ese héroe de extraño aire casual era un elemento indispensable.

Herodes había levantado en Jerusalén uno de los hipódromos más lujosos de la época. Lo hizo aún antes del gran palacio y de la reconstrucción del templo. Hacedor de crueldades y bellezas, su pasión eran las mujeres y las obras públicas. La introducción de carreras de carros en Palestina fue obra suya. Las había visto en Roma en ocasión de los juegos olímpicos, y la rivalidad con Augusto lo llevó a construir ese hipódromo y otros más en Samaria-Sebaste, Cesarea y Tarichea; Herodes necesitaba a Mereptah.

Mereptah tenía en su haber cientos de victorias. Para él el triunfo no era una casualidad ni una posibilidad sino una necesidad rutinaria. En Roma había ganado muchas carreras y una fortuna, que después había perdido jugando a los dados, la taba y hasta a la morra. Con sus primeros premios se había liberado de su condición de esclavo. No había sido el dinero lo que lo atrajo a Palestina, sino el hastío del éxito. Cuando llegó encontró la actividad muy decaída; muchos judíos no iban al hipódromo porque lo consideraban inmoral, y entre los romanos despertaba poco interés la mala calidad del espectáculo.

Mereptah introdujo las carreras con obstáculos y con saltos, los simulacros de combate y las competencias de carros tirados por seis, ocho y hasta diez caballos, algo nunca visto en Palestina. Siguiendo la tradición romana alentó la organización de cuatro facciones, la azul, la roja, la verde y la blanca. Él mismo se puso a la cabeza de la blanca, con la que había ganado en Roma tantos sestercios y tantas placas. Las placas era lo único que le quedaba. Le recordaban las carreras en las que había ido en punta todo el tiempo. En ellas se leía *Occupavit et Vicit*; en otras *Successit et Vicit*, cuando había saltado del segundo puesto al primero. Finalmente, las que más orgullo le producían eran aquellas cuyas leyendas rezaban: *Erupit et Vicit*, cuando del último puesto había pasado al primero.

Al llegar a Palestina tenía su empleo asegurado en la casa de Holconius Pristus. Su preocupación inmediata fue armar un equipo digno de envidia.

Contrató los mejores instructores, adiestradores, veterinarios, sastres, ornamentadores, caballerizos, palafreneros, peones y, siguiendo hasta la última tradición romana, adiestró también *jubilatores* para que

con sus gritos estimularan a la caballada. Su última adquisición fue ese joven carpintero llamado José.

Mereptah necesitaba a José. Los carros de carrera estaban todos diseñados siguiendo la línea altiva y aterradorizante de los carros de guerra, pero en la batalla lo importante no era la velocidad sino el impacto, la fuerza, la solidez defensiva contra las flechas y las piedras. En la guerra se buscaba sembrar el pánico entre la infantería enemiga; en el circo, sólo sobrepasar al adversario.

—Un carro de carrera —le había dicho un día José a Mereptah— tiene que ser la imagen de la suavidad. Cuando suavizo los cantos de un mueble, la vista no los choca, los acompaña. Lo mismo pasa con el carro y el aire, el carro no tiene que enfrentar el aire, tiene que abrirse paso a través de él, tiene que ser suave.

—Suave como una mujer —decía Mereptah.

—Suave como las líneas de una mujer —corregía José.

—Hablando de mujeres...

—Yo no estoy hablando de mujeres —había dicho José.

Los dos se reían porque eran jóvenes y muy distintos, y la curiosidad que sentían uno por el otro los hermanaba.

—Todavía no te mereces el carro ideal —le había dicho José.

—¿Cuándo lo voy a merecer?

—Cuando trates a los carros como tratas a los caballos. Yo te he visto acariciar a tus caballos, hablar con ellos. Seguro que los tratas como a tus amantes.

—Yo te he visto acariciar la madera, cantarle y hasta sonreírle. A veces he pensado si serías así con las mujeres —dijo Mereptah—. ¿Qué pasa contigo y la madera?

José, muy serio, le contestó:

—Siempre que tengo delante un madero pienso que dentro de él viven todas las formas posibles, desde las más horribles hasta las más bellas. Mi trabajo consiste en elegir una de ellas.

—Pero esa forma está dentro de ti.

—Sí.

—Entonces, ¿por qué no me entiendes? —preguntó sonriendo Mereptah.

—¿En qué no te entiendo?

—Cuando yo veo a la multitud en las tribunas, cuando veo todas esas cabezas iguales, pensando lo mismo, hablando lo mismo, gritando

lo mismo, pienso que yo era uno de éstos; yo estaba adentro de esa masa, yo conseguí salir, yo soy Mereptah.

José lo miró muy seriamente. Mereptah siguió:

—Tú nunca entendiste mi necesidad de ganar. Creo que no me perdonas que sea un ganador.

José aceptó:

—Eso es cierto, no tolero tu sonrisa de dios griego aclamado por la multitud después de las victorias.

—¿En qué se diferencia tu sonrisa cuando consigues lo que quieres de una madera?

—¿Parezco un dios griego?

—No, griego no.

—¿Romano?

—No, tampoco... un dios judío.

—Nosotros tenemos un solo dios.

—Sí, ése —dijo Mereptah, riéndose.

* * *

Se encontraron en el galpón grande, donde se preparaban los carros. José trabajaba el eje del carro de Pompeyo; al día siguiente se inauguraba la temporada y habían decidido aligerarlo; las molduras de bronce fueron reemplazadas por otras más livianas, de madera. Parte de las tablas del piso se cambiaron por tiras de cuero y la cabeza de carnero tallada en la punta de la vara fue sustituida por una pequeña y liviana redondez.

José estaba trabajando una pieza fundamental, el eje. La herramienta corría sobre la madera, las virutas se enroscaban sobre sus manos y caían al piso. La pieza ya había dejado de ser un sólido madero para convertirse en un esbelto tirante muy liviano.

—Esta noche lo termino —había dicho José—. Le he sacado la mitad de su peso.

—Afinalo un poco más... no puedo perder con esta ventaja... en otro hipódromo tal vez, pero aquí, en Jerusalén, no.

—En Cesarea tampoco.

—En Cesarea puede ser, pero en Jerusalén seguro que no.

José levantó la cabeza, miró los ojos de su amigo y le dijo:

—Mereptah, ¿me vas a ayudar con Flavia?

—¿Qué necesitas?

—Comprar su libertad; mañana apostaré los ahorros de toda mi vida a ti, a tus caballos y a nuestro carro. Quiero que ella lo sepa... tú puedes andar por toda la casa, llévale esta carta.

* * *

Era un día de fiesta. Afuera, las arcadas del circo estaban llenas de público; cada tienda con su clientela. Taberneros, panaderos, pasteleros y figoneros llenaban el aire de pregones y de olores.

Adivinos, astrólogos, algunos ventrílocuos y encantadores de serpientes se habían agrupado algo alejados de la entrada; más allá, las prostitutas.

José recorría esa Roma minúscula, pueblerina, que se armaba y desarmaba en un día; se detuvo ante un grupo de niños, algunos de los cuales arrojaban nueces tratando de embocarlas dentro de la estrecha boca de una vasija. Otros jugaban a la mosca de bronce. El que estaba con los ojos vendados pasó junto a José repitiendo *¡cazaré a la mosca de bronce!*; los otros lo hostigaban con ramas y le gritaban *¡tras ella correrás, pero no la atraparás!*. José fijó su mirada en el chico vendado y cerró los ojos; cuando los abrió, una prostituta lo estaba mirando y un adivino le dijo algo. Una gota de aceite que salió de una sartén salpicó el borde de su túnica y un ciego le pidió una limosna sin convicción.

José traspuso por primera vez en su vida las puertas del hipódromo. Era un mundo totalmente distinto al de afuera; muy pocos judíos entraban en él. La jornada comenzaba al salir el sol y no terminaba hasta el anochecer.

En las gradas, hombres y mujeres rozan sus vanidades, El alcohol circula; en la segunda fila, junto a un matrimonio fenicio, un hombre sostiene su copa en la mano; ha apostado fuerte, dinero propio y ajeno, y tiembla de nervios. Sólo la mano que sostiene el vino permanece firme; su hija casadera no mira, pero trata de ser mirada por un joven tribuno indiferente. Un poco más arriba dos solterones conversan; jamás juegan, vienen a buscar mujeres. Un fuerte comerciante griego habla con un tomador de apuestas; le jugará a la facción blanca, más por palpito que por otra cosa. Su mujer mira la túnica color ámbar de su vecina de asiento. Las dos tienen olor a ajo. Dos muchachos muy jóvenes traman cómo conseguir fondos para seguir jugando. Uno de ellos duda en torno a qué hacer con su último anillo, el que tiene las iniciales de su padre; es de oro. Un hombre camina mirando el piso, jura no volver jamás, sabe que miente.

Hay también gente de mar, veteranos capitanes de Cartago cuyos barcos perdieron en Jope la oportunidad de levar anclas en la pleamar de la noche anterior. Las prostitutas que los acompañan ostentan luminosos collares y brazaletes: sólo sus carcajadas están marchitas.

José apoyó su espalda contra una pared y contempló ese mundo ajeno con cara preocupada. El mismo Herodes había ido a inaugurar la temporada. Un grupo de funcionarios dio una vuelta a la pista, agitando banderas ante la indiferencia de la multitud. Después desaparecieron por los grandes arcos de uno de los extremos. Por el otro extremo aparecieron los carros. Eran ocho, dos por cada facción: un imponente despliegue de colores ocupó la pista. Cada una de las capas de los hombres, el penacho de cada caballo, la cinta que adornaba las riendas, los aros pintados de las cabezadas, el marrón lustroso de los bozales, las barandas de bronce brillantes, las llantas negras de las ruedas, todo ese despliegue ahora sí conmovió a la multitud. El mismo Herodes pareció emocionado. Se inclinó hacia un ayudante y le dijo algo al oído. Una banda de música empezó a tocar; las patas de los caballos en su lento trote contenido parecían seguir la melodía. Los látigos de los aurigas se alzaban finos y verticales como juncos. Al llegar a la tribuna principal, los carros giraron hasta quedar frente a Herodes, que se incorporó para que los hombres lo saludaran con el puño; después pidió con un gesto silencio a la multitud y dijo con voz muy fuerte:

—Esta fiesta popular es la fiesta de todos. Estamos orgullosos de este espectáculo: dentro de poco uno de los carros cruzará la meta antes que los demás... el hombre que lo conduzca será aclamado por nosotros. Estaremos orgullosos de él, como lo estamos de los logros que el pueblo judío ha obtenido durante estos duros años de trabajo. El esfuerzo de nuestro pueblo está escrito en cada uno de los ladrillos de las paredes de este hipódromo, en los capiteles del templo que estamos terminando, en las murallas y jardines de Sebaste en Samaria, en los muelles del puerto de Cesarea y en los acueductos y los caminos, esos caminos que la paz romana ha limpiado de bandidos, esos acueductos por donde corre la cristalina agua del progreso... ¡Esta gesta está dedicada a nuestro pueblo, a la gloria de Roma y a Octavio Augusto!

La multitud, en su mayoría gentil, escuchó respetuosa y después vivió su nombre varias veces. Todos aplaudían, José no lo hizo. Herodes volvió a sentarse junto a Herodes Antipas, su hijo, que lo miró inexpresivo. Sacó la esmeralda cóncava que utilizaría para mirar la carrera y la limpió con la túnica. Era muy miope. Detrás de él, los cordones que ataban los barbijos

de los cascos de su imponente guardia personal semejaban una roja línea de sangre a la altura de sus gargantas; más atrás, la aristocracia.

Los carros giraron y continuaron su marcha por la pista, dieron una vuelta completa y se alinearon en la largada frente al palco.

En el extremo occidental, bien visibles, siete peces enormes de bronce rojizo esperaban ensartados en hilera que la carrera comenzara; cada vuelta, uno de ellos iba a ser puesto cabeza abajo.

Mereptah se acomodó en el carro. Sabía que todas las miradas estaban sobre él. Se colocó el casco de cuero, se enroscó las riendas alrededor del cuerpo, tomó el látigo y se ajustó el puñal; su mente abandonó la multitud y se cerró como un abanico sobre la pista.

Los cuatro caballos de Mereptah eran árabes con un cuarto de sangre normanda. Uno de ellos mordisqueó a un caballo vecino, pero el juez de raya simuló no haberlo visto. Uno de los carros venidos de Numacia se había colocado en un costado y la baba de los caballos salpicaba la baranda y la vereda de pasto que bordeaba la pista. La capa de arena que emparejaba el piso pronto iba a cubrirse de las cicatrices de las ruedas.

José miraba absorto, el anca de los caballos brillaba al sol, las colas y las crines prolijamente cepilladas estaban tensadas con las cintas del color de su facción. Un famoso conductor sirio, con los brazos totalmente tatuados, clavó su vista en el carro alineado junto al suyo; después hizo un gesto con las manos y pronunció unas palabras, probablemente un maleficio. Otro conductor, también sirio, sostenía nervioso las puntas de las riendas, chicoteando la baranda de bronce. Había perdido tres dedos hacía muy poco. Cada tanto levantaba su mano mutilada y el público aplaudía. Cuando las trompetas lanzaron el primer toque de atención la multitud enmudeció y hasta los caballos detuvieron su escarceo. Las tachas doradas que adornaban los arneses se inmovilizaron. Como momentáneas estatuas las caras de los aurigas se cubrieron de una máscara impasible de grandeza. Los cuerpos de los hombres se inclinaron hacia los caballos: una mujer les gritó: ¡Dioses!

Herodes levantó su pañuelo. Todos en el público hicieron lo mismo, cada uno con el color de su facción favorita.

Se alzaron los estandartes, se retiraron los palafreneros y sonaron las trompetas. Herodes abrió la mano y dejó caer el pañuelo. Las banderas bajaron al unísono. Fue la orden de salida.

Ahora los aurigas se tiraron hacia atrás; el grito de la multitud tapó el sonido de los cascos, el restallar de los látigos y las voces de los conductores.

El carro azul dio la primera vuelta demasiado abierta y casi fue chocado por el carro rojo que iba detrás de él. En la siguiente curva fue el verde el que cometió un error: la tomó demasiado cerrada y tocó sin consecuencias el pilar de giro. La posición lograda en la primera vuelta fue variando en las cinco siguientes.

Cuando el sexto pez fue puesto cabeza abajo, un carro se lanzó a tomar la curva por la parte más cerrada; su conductor era un joven etíope que hasta el momento había mantenido el zumbido del látigo muy cerca de las orejas de sus caballos. Gritaba algo, seguramente en su idioma natal, o por lo menos parecía que gritaba, porque abría la boca y hacía extrañas muecas con la cara. Tenía manos finas y brazos fuertes. El extremo de su látigo dibujó en el aire un símbolo muy pequeño, como una letra minúscula de algún idioma, que dejó caer con increíble delicadeza sobre el caballo más alejado del eje de la curva. El cuero muerto del látigo y el cuero vivo del animal apenas se tocaron, el caballo aumentó su velocidad y el carro amenazó volcarse. José tenía la vista fija en Mereptah, que mantenía una estudiada distancia con el etíope. La arena que levantaban los cascos de los caballos golpeaba a los rezagados. Los hombres entornaban los ojos y los caballos recibían inmutables la inofensiva agresión. Un animal oscuro que tiraba del carro de un romano no pudo soportar más el insistente golpeteo y mordió el filete desbocado. Los demás caballos del carro se quedaron atrás del compañero que, cada vez más enloquecido, embistió la muralla de contención. José contempló cómo Mereptah conseguía pasar por el claro que el romano había producido y cómo su cuerpo se inclinaba hacia adelante agitando los brazos como un predicador endemoniado desbordando su tarima.

Había llegado el momento. José escuchó cómo el nombre de Mereptah era aclamado con veneración. Vio su carro avanzar entre los demás y tomar la punta con el etíope. Por un rato los vio juntos, vio las cabezas de los caballos pugnando por adelantarse con las fosas nasales abiertas, como disputando entre sí el aire más cercano. Vio el látigo de Mereptah levantarse y bajar, prolijo, sobre las ancas, y vio cómo su carro se adelantaba invencible al frente de todos. José no escuchaba los gritos del público enloquecido de entusiasmo, ni veía a los ayudantes de la facción blanca abrazados de alegría. Sus ojos estaban fijos en ese triunfador que ya había dejado atrás al etíope.

Entonces sucedió: el eje se quebró, el carro, enloquecido, parecía un animal con el espinazo roto, uno de los caballos rodó y precipitó a los otros tres. El caos de hierro, madera y animales destrozó el cuerpo de

Mereptah. En un costado de la pista quedó su cadáver. Pronto la tierra que descendía formaría una máscara sobre su cara.

El homenaje de silencio de la multitud duró muy poco. El carro del etíope acababa de cruzar la meta y el estallido de las tribunas anunciaba el nacimiento de un nuevo dios.

—¿Perdiste un amigo? —le preguntaría a José alguien íntimo, unos meses más tarde.

—No, no perdí un amigo. A mi amigo ya lo había perdido la noche anterior, cuando por casualidad lo vi acostado con Flavia sobre el heno del establo.

—¿Qué hiciste cuando los viste?

—Volví al galpón y seguí trabajando en el carro. Cuando llegó, Mereptah me pidió que siguiera aliviando el eje. Le dije que no, que ya era suficiente, pero él se burló de mí preguntándome si quería o no tener a Flavia. No le contesté, él insistió y yo le hice caso. Se quedó al lado mío, y la garlopa siguió. En algún momento se detuvo, en algún momento dejó de caer viruta al piso; sólo la balanza de Dios me juzgará por las últimas virutas.

* * *

José dejó Jerusalén y no volvió a Seforis. Fue a Nazareth, donde había pasado gran parte de su vida. Quería a Nazareth, la ciudad dejada de lado por dos rutas, la que unía Siria con Egipto y el Jordán con el mar grande, el Mediterráneo. La ciudad que en el exigente censo herodiano figuraba con dos mil veintidós habitantes, muchos de ellos griegos, sirios y romanos, y casi sin esclavos. La ciudad de las viñas y las palmeras, y el agua marrón de las acequias; la ciudad con el ciclo interrumpido por los montes y la cima nevada del Hermón en la distancia.

Allí vivía María. Tal vez recordaba haberla visto entre los olores del mercado, o en la fuente de agua, o mirando el picotear de las palomas junto al portón de algún molino, o pisoteando descalza la uva temprana en los grandes piletones de una bodega.

Quizá no, quizás nunca la había visto; tal vez esa personal chica morena de trece años salía poco a la calle y transcurría su vida junto al huso y la rueca convirtiendo las lanas sucias de la majada de su padre en las desordenadas madejas amontonadas en los canastos. Tal vez teñía la lana en el fondo de su casa, parloteando en un crudo y rústico arameo

con su hermana, o cocinaba en el gran horno de barro las galletas saladas o los pasteles con pasas.

Pudo haber vivido en las afueras de Nazareth, con un padre soñador y pobre, Joaquín, y una madre dulce y compasiva, Ana, a la que ella acompañaba a trabajar en alguna de las casas de dos pisos del centro de la ciudad.

Ella también conocía a José, o había oído hablar de ese carpintero, hijo de Jacobo, de más de veinte años, que tenía herramientas, un oficio, y era descendiente del rey David.

Lo cierto es que en algún lugar sus vidas se encontraron, en algún punto de esa ciudad de calles torcidas y niños descalzos, en la puerta de algún negocio, a la salida de la sinagoga, en alguna casa de techos chatos y ventanas chicas, en algún lugar de Nazareth, José y María se encontraron, se casaron y en la intimidad del misterio se produjo el acto divino de la creación. Fue concebido un hijo al que llamaron Jesús.